

La Silla que dejó vacía aquel Maestro

JOSE MARIN CAÑAS

Discurso pronunciado por el señor
Marín Cañas para contestar el anterior.

En esta noche de diciembre que estamos estrenando, la Academia Costarricense de la Lengua recibe en su seno a un nuevo miembro, don Alberto F. Cañas, a quien hemos oído, con motivo de su ingreso, leer un discurso que modela en varias formas plásticas, críticas y viviseccionadoras, la figura, ya silenciada para siempre, de Moisés Vincenzi.

Recoge la brida y amansa el paso la pluma de Cañas para hablar, con una recoleta emoción, de aquel a quien viene a sustituir, y ello, por lo que voy a explicar en lo que a continuación algo me llena de gozo, pues al pasar del galope al trote corto, más luce la expresión y más ajustada y gallarda se ve y oye la lengua del nuevo académico, pudiéndose así recoger con mayor profundidad la emoción que impregna la pieza del novel miembro de este cuerpo.

Lo he oído con una sutil melancolía. Estas leves borracheras de nostalgia; estos amargos y lejanos tragos viejos; esta resbaladiza fuga del tiempo, cuando en las palabras de alguien vuelven a tomar vida, cobran color y alientan en suma como cosa viva, producen siempre, en aquellos que ya hemos tramontado mucho de la larga caminata, un repuntar de recuerdos que es una especie de alegría de la tristeza.

Yo soy, en el caso de Moisés Vincenzi, un testigo de excepción. Fui su alumno, cronológicamente de los primeros, cuando andaba en los 13 años y él apenas estaba arribando si acaso a los treinta. Asistí allá por el año 18 al nacimiento de dos hombres dentro del campo pedagógico, cuya estela ha quedado hondamente marcada en la juventud; nombres que no pueden pronunciarse si no es con una honda emoción de gratitud. Moisés Vincenzi y Mario Fernández Alfaro se iniciaban en el quehacer didáctico, cuando los hombres de mi generación estábamos llegando a la Segunda Enseñanza. Queda dicho aquí, entre líneas, con qué recogido placer y con qué consternada curiosidad, los chiquilicuatros de entonces, hoy, —menos el que habla— toda gente de pro, médicos eminentes, jurisconsultos, ingenieros, catedráticos, indus-

triales, comerciantes, periodistas y maestros, asistíamos al arranque de nuestros dos profesores jóvenes que estaban velando sus armas para entrar de lleno en la honda resonancia de la patria.

Es preciso que confiese ahora, que todos aquellos y muchos más, y entre ellos yo, nos enfrascábamos en la lectura de folletines que la Librería Montero, situada donde está hoy el Almacén Palacios, nos embebía con las aventuras de Nick Carter, Nick Winter, Raffles, Sherlock Holmes y demás agentes más o menos secretos de la época. Moisés Vincenzi impuso como lectura, en la clase de gramática que nos dictaba, el "Platero y Yo" y el "Ariel" de Rodó.

Creo que lo llegamos a odiar. Nos parecía aquello una imposición intolerable, y jurábamos y rejurábamos que las aventuras de Platero —tan burro como lo éramos nosotros— no tenían ni el misterio, ni la intriga, ni la apasionante fuerza misteriosa de nuestros personajes legendarios que comprábamos en la Librería del Sr. Montero, que estaba —¡ay, qué daño el de los años!— donde hoy está el Almacén Panatra.

Nos tragamos a la fuerza lo de Ariel y Calibán. Nos tragamos a la fuerza las azucenas de Platero. Creo que no lloramos cuando el burro se murió. Pero después de aquel paso de las Termópilas, vinimosnos a dar cuenta de que ya para siempre se murieron también los folletines, los Salgari, los Verne. Moisés Vincenzi fue el iniciador de nuestra incipiente microscópica cultura, y a él se le debe el que nos arrancara de cuajo el gusto municipal y espeso en que estábamos enfrascados.

En el transcurrir del tiempo, recurrí en muchas ocasiones al sabio consejo del antiguo maestro, y a su conocimiento llevé muchas de las cosas que en mis torpes balbuceos literarios me parecían dignas del mármol. No he de negar que en muchas ocasiones reñimos —Vincenzi tenía un sutil y agudo espíritu florentino—, pero las riñas no duraron más allá de una vuelta de la tierra al sol.

La silla que dejó vacía aquel maestro viene a ocuparla ahora Alberto F. Cañas. Y antes de tomar posesión de ella, enuncia en sus palabras este tridemio: Fecundo, silencioso y solitario. Así considera a su antecesor. Y digo yo: nada más exacto. Y agregó yo: Y nada mejor.

Cuando se habla de la Creación, se enumeran las cosas creadas por el Creador. Las aguas, las tierras, los peces, las estrellas, etc., hasta el hombre. Eso fue en los 7 primeros días. Pero hubo un octavo, el último de la jornada, el más grande de todos, y para cuya labor, Dios mismo se tomó un descanso. El sabía que su obra no quedaba en redondo terminada sino después del Día Octavo en que le daría al hombre los más altos frutos de su

poder Divino. Así fue como creó la Soledad, el Silencio, la Palabra y el Gemido. El hombre, intuyó que ni las aguas, ni los peces, ni las tierras, ni las estrellas, valían en sí lo que de divino tenían los cuatro grandes frutos: La soledad, el silencio, la palabra y el gemido. Y comprendiéndolo así, hizo con la materia de estas cuatro donaciones, su más alto menester, su labor más conspicua, su quehacer más cercano al Altísimo: El Arte.

El artista, pues, necesita como razón fundamental de su obra una razonable ración de los 4 frutos.

El Poeta y el Filósofo, el Pintor y el Músico, el Escultor y el Literato requieren como unidad imprescindible de su tarea, la vasta soledad que lo salve del mundo atarantado y bullicioso. Necesitan el cóncavo silencio que sólo lo posee la noche, para poder estirar sus nervios y soportar el parto de la obra que se crea. Necesitan la palabra para dialogar consigo mismos frente a su propia conciencia. Necesitan del gemido que es la fuente de la que partirán las ideas y dará dinámica a las palabras.

Vincenzi, fue pues, un solitario, un silencioso, un fecundo escritor, con el mayor número de volúmenes escrito en el país. Trabajó en la soledad y el silencio sobre la palabra. Usó de los 3 frutos pero no el cuarto. La belleza de su prosa le heló, a la manera clásica, el texto que se hizo de mármol y no de sangre. Alberto F. Cañas, cuya labor ha quedado, en una gran porción, regada en la hoja diaria de su labor periodística, produce dentro del barullo del mundo moderno, y usa para tal quehacer un estilo propio, rápido como una ametralladora, directo y eficaz. Eso es lo que se llama un estilo periodístico.

Así sus más altos aciertos. “Los 8 Años” y “El Gallo Pelón”, son muestras de ese estilo llevado a la amplia envergadura de un libro y de un cuento.

Pero el mismo Cañas, cuando el gemido lo detiene, recoge la brida y pasa del galope al trote reposado, y entonces su prosa es acicalada y justa.

Viene este Académico a ocupar un puesto entre los 18 costarricenses, cuya misión es cuidar de la palabra, de nuestra palabra dación de Dios, comunidad humana, vínculo y vehículo de toda impresión y expresión del hombre, que en los tiempos que corremos, vive en peligro por amor del progreso y de la electrónica y del pensamiento de aquel don Porfirio Díaz, presidente interminable de México que decía una frase sobre su país, valedera para toda la América Hispana: “Pobre país, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. Este pensamiento constituye uno de los más graves peligros que amenazan el tesoro de lo que Dios nos concedió y la Madre Patria nos transfundió, como

dicen los hematólogos. La palabra nuestra, hoy amenazada de peligros sin cuenta cayó de los labios del Altísimo como uno de sus mejores frutos. La nuestra rebotó en el austero paisaje de Castilla y allá sufrió con el correr de los años, las transformaciones, los dolores y distorsiones a que sucesivas oleadas de pueblos la sometieron. Romanos y cartagineses, visigodos y árabes, la mascullaban transformándola unos, llenándolas de vocales otros, estirando y encogiendo los más, enfatizando los términos del hogar o sensualizando la música de las sílabas para dárnosla, como carga preciosa, en la quilla marinera de las tres carabelas. La recibimos como herencia de todo un pasado de gloria que comenzó en el Romancero, donde ya desde muy antiguo se hablaba de esta manera carolingia:

Muchas veces oí decir
y a los antiguos contar
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
no debe menospreciar.

Y también, a la manera morisca, se oyó por los caminos la palabra del Romancero que así decía:

Ponte a las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Jarifa,
verás al galán Audalla,

con un inoz verde oscuro
color de nuestra esperanza
que nuestra calle pasea,
en una yegua alazana.

Fue palabra, pues, que se trabajó en la Edad Media, y que se sigue trabajando con igual ahínco y no poco batallar en ella, ya que en el transcurso del tiempo la manosearon y engalanaron, dándole cada día más esplendor, Lope y el Manco, San Juan de la Cruz, el que voló tan alto, tan alto, Teresa, la que muriera porque no moría, Quevedo y Góngora, artífice de la poesía moderna de ahora, Calderón y Tirso, Bécquer, Hernández y Lorca y sería lo de nunca acabar.

También del misterioso continente ignoto que había emergido de la mar Océano salieron artífices del oficio, comenzando con el cantar gaucho de la pampa, que vino a consolidarse en el

Martín del romance perdurable, y las estrofas de Ercilla, y el inca Garcilaso, y Juana de Asbaje, tan aterida de místico fervor como la Teresa española y avilesa, y si unos le agregaron a la palabra dulzor de miel de caña otros la untaron de alcohol de maíz de lamentoso gemido romántico, como Mármol de Isaacs, y los últimos de dureza y crueldad como los novelistas del Siglo, con acento criollo, Alegría, Guzmán, Rivera, Guiraldes, para citar las cumbres del continente.

Pero un día fue el hecho fausto de que naciera, con alma grecolatina y con cuerpo cobrizo de chorotega, un poeta de origen divino, que aportó a la lengua no sólo el encanto de una música fascinante, sino la poderosa creación de una fantasmagoría de conceptos, métricas clásicas remodeladas, nuevos ritmos, para hacer de la lengua y de la palabra nuestra, una orquestación máxima de sentido universalmente bello.

Se le había transfundido la palabra española en la vena americana, y el milagro se produjo. Un milagro solitario, silencioso.

Esa palabra, herencia recibida y acervo nuestro, es lo que cuida esta casa: Academia Costarricense de La Lengua, como lo hacen al par otras tantas en otros tantos reinos de la cultura que heredamos.

Sea bienvenido a esta casa el nuevo escritor cuyas obras, desperdigadas unas y las otras recogidas en libros dentro de los campos del cuento, la poesía y la crónica, le dan el derecho de un honor que hoy se le confirma.

Sea bienvenido y que entre bajo la sombra augusta y oscura del Maestro que lo precedió, hoy perdido para siempre.

Hoy perdido, pero renovado, tal como hijea por razón ineludible de la Naturaleza, la rama cortada del árbol en la socola, como retoña la hierba, como se reproducen en los troncos que abatió el hacha los pequeños hijos, renovado en la humildad y el talento de Alberto Cañas.

Que sea bienvenido, y que Dios lo ayude.